

Dios Nos Llama

Andrés San Martín Arrizaga

2006

Exodo Cap. 3 y 4 (Selecciones)

Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros. Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! Nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Entonces Jehová se enojó contra Moisés, y dijo: ¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien? Y he aquí que él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios.

En los versículos recién mencionados tenemos registrado el momento en el que Dios llama a quien se transformará en uno de sus siervos más recordados y admirados en la historia tanto del judaísmo así como del cristianismo. Pero pese a esa trascendencia, a esa importancia, vemos a un Moisés temeroso, dudoso y lejano a aceptar que Dios puede obrar en y a través de él. Al igual que muchos antes y después que él, se negaba a creer que Dios en su Soberanía y Magnificencia podía fijarse en alguien como él. Tal vez si averiguamos un poco sobre la historia de los líderes cristianos, veremos que la gran mayoría de ellos no pensaron que podrían cumplir con la labor por Dios encomendada. Es por eso que Moisés le da a Dios una extensa lista de excusas para no actuar. Pensemos por ejemplo en algunas de las excusas para no ir frente a Faraón y librar a los judíos de la esclavitud en Egipto:

- ¿quién soy yo para ir ante Faraón?: en otras palabras, literalmente se consideraba “muy poca cosa” para enfrentarse a un rey. Eso nos da cuenta de un detalle que lamentablemente muy pocos notan, y es que pese a la esclavitud, a lo mal que estaban él y los judíos en Egipto, Moisés reconocía la soberanía de Faraón por sobre ellos. La reconoce lo suficiente como para ¡imagínense!, para no ir en nombre de ¡Dios mismo! En otras palabras él no dudaba de sí mismo sino que de Dios. Creía en el poder y soberanía de faraón, pero no en el Poder y soberanía de Dios.

- ¿Y si me preguntan cuál es el nombre de ese Dios? Era una costumbre muy repetida en la antigüedad que los dioses de todas las religiones tuviesen un nombre. Si recordamos nuestras clases de historia en el colegio veremos que los dioses nunca eran llamados con esa palabra, dios, sino que se llamaban Alá, Buda, Isis, Horus, Gea, etc. Esto porque se solía asociar sus nombres con alguna característica en particular. Pero nuestro dios es distinto. En tiene reunidas en si todas las características. Es Dios de la tierra, el cielo, del mar y de los hombres. Es por eso que ante la nueva duda de Moisés Dios le responde de manera contundente: ¡Yo soy el que Soy! En otras palabras le dice ¡y a ti que te importa! ¡Eso es problema mío, no tuyo!. Entonces el Dios de Moisés y el de nosotros es uno que no necesita carta de presentación ni cédula de identidad. Lo que lo describe no son sus nombres, sino sus obras.

-posteriormente Moisés da quizás la más hilarante de sus excusas: “nunca he sido de fácil palabra”. En otras traducciones dice “soy tardo de lengua”. Pero en el fondo lo que está tratando de decir es sencillamente que él se consideraba tartamudo. Sin embargo no piensa que Dios puede usar a quien quiera, ya sea alguien sano o enfermo, tímido o valiente.

Pero ahora quiero que esto nos haga plantearnos cuál es nuestra situación como iglesia hoy, especialmente ahora que hace solo dos semanas cumplimos cien años como iglesia.

Lo primero que quisiera que pensáramos es ¿estamos dispuestos a aceptar el llamado de Dios hacia nosotros? O al contrario hemos de buscar excusas para no obedecer a Dios. Tengamos en cuenta que si Dios nos entrega una orden, una tarea, es porque El sabe que nosotros podemos llegar a realizarla. ¡Cristo sabe perfectamente lo que puede esperar de nosotros, sus hijos! Sin duda Dios no se va a equivocar. Además, no debemos olvidar que si Dios nos encomienda algo, El no nos dejará solos, sino al contrario, él nos dirigirá. Que nuestra actitud ante Dios y sus mandamientos no sea como la de Moisés, con temor, miedo, cobarde. Nosotros debemos cumplir las órdenes de Dios, y confiar que si Dios comenzó la obra en nosotros, El será fiel en completarla, Dios jamás dejará un trabajo “a medio hacer”.

Moisés dio todo tipo de excusas ante Dios, pero ninguna fue válida. Mayor razón aún para confiar en Dios hoy en día, nosotros que tenemos el ejemplo de miles tanto en la Biblia como posteriormente que se atrevieron a cumplir las órdenes de Dios, y fueron bendecidos y recompensados. Al contrario, debemos estar jubilosos de que Dios se fije en nosotros para llevar a cabo parte de su obra. Pese a que como pecadores nos merecemos solo la condenación, aún así Dios se acerca a nosotros y nos entrega su salvación, amor, tan así que podemos hacernos llamar “Hijos de Dios”.

Nosotros somos una iglesia que si bien es muy antigua en comparación con otras acá en Temuco, es aún muy pequeña. Tal vez ha llegado la hora de que nos miremos a nosotros mismos, tanto como iglesia así como personas individualmente, y nos preguntemos: ¿qué nos falta para crecer sin tener que renunciar a nuestra identidad e historia? Recordemos que la orden de Cristo en Mateo 28, la Gran comisión, es de “ir y hacer discípulos”, no de esperar que los discípulos lleguen por sí solos. Pero por sobre todo, recordemos que esa orden no está sola, sino que viene acompañada con la más grande bendición que podemos como iglesia tener hoy: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” O sea ¡Dios está con nosotros hoy! Qué más grande recompensa para aquel que está dispuesto a difundir el Evangelio y a hacer discípulos. Para eso estamos nosotros, cada uno, así como iglesia. No debemos presentar excusas, ni considerarnos incapaces, ni creer que no somos lo suficientemente importantes. Si Cristo murió en la cruz por nosotros y nos llamó y ordenó para que entreguemos a los no creyentes su mensaje, es porque ante El somos de gran valor, y porque él nos dará la fuerza y el poder para llevar sus

órdenes a cabo. En Apocalipsis 1:6 se describe a nosotros, la iglesia como Reyes y Sacerdotes. En 1ª Pedro se refiere a nosotros como linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios. En otras palabras somos mucho más de lo que pensaba Moisés de sí mismo, somos de gran valor ante Dios.

Pero ante este gran valor me surge la inquietud: ¿estamos a la altura de ese gran valor? Moisés no se atrevía a ir en nombre de Dios porque se sentía amedrentado ante el poder de Faraón. Ante eso mismo les pregunto: ¿cuáles son nuestros “faraones modernos”, tanto como iglesia así como a nivel personal? ¿Cuáles son esos faraones que nos impiden llevar a cabo la voluntad de Dios? Pueden ser muchos: nuestro orgullo, miedo, prejuicios, desconfianza del poder de Dios, incluso nuestra baja autoestima. Muchas veces pensamos que no somos dignos de presentarnos como “Hijos de Dios”. Sin embargo, gracias a la Cruz de Cristo, no solo somos Hijos de Dios, sino que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo.

Muchas veces esos “faraones” que enfrentamos nos hacen pensar que nuestra incapacidad es mayor aún que el Poder de Dios obrando en nosotros. Gran error, por supuesto.

Si revisamos la Biblia desde principio a fin veremos que todos los grandes protagonistas de la historia de la fe, fueron personas que no tenían nada de especiales, más aún, podrían parecer gente indigna. Por ejemplo Noé no se consideraba capaz de realizar tamaña empresa de construir el arca y guardar en ella a los animales antes del diluvio. Abraham, el padre de la fe, dudó durante mucho tiempo que tendría una descendencia siendo él tan viejo, y más aún, que esa descendencia sería imposible de contar. Moisés, ya lo hemos mencionado, creía que al ser tartamudo no podría cumplirle a Dios. Más adelante todos los discípulos de Jesús eran personas con muchos problemas y defectos. Sin embargo, sabemos que el poder de Dios fue mucho más grande que la imperfección de ellos. Y esto por qué: porque Dios es más grande que nosotros mismos, tanto con lo bueno o lo malo que haya en nuestro interior.

Nosotros como iglesia debemos asumir y entender que si Dios creó una iglesia y nos ha escogido para ser parte de ella, es porque espera algo de nosotros, es para que esta iglesia, el Cuerpo de Cristo, tenga vida en nosotros. Cada uno de nosotros es parte de este cuerpo, por lo cual si a este cuerpo le falta una de sus partes, se ha de resentir. De la misma manera, como en cualquier cuerpo humano o animal, si una parte de él, por pequeña o grande que sea ha de morir si está fuera de ese cuerpo. Por eso la iglesia no es solo una organización, una estructura formal, es parte fundamental del actuar de Dios para con la humanidad.

Es por eso que ustedes y yo como parte de la iglesia no estamos llamados de parte de Dios para ser solo unos espectadores del mundo de la fe, sino que para ser parte activa de ese mundo. Si bien personajes tales como los apóstoles, Lutero, Jacob Spener y el pietismo, Spurgeon, o Billy Graham han sido parte fundamental en la consolidación, difusión y crecimiento de la fe cristiana, Dios no solo quiere trabajar con personas como ellos para realizar su obra. Dios también lo quiere a usted, a usted, a mí. Ustedes podrán decir que no somos ni grandes predicadores, o que no tendrían la personalidad para subirse a un púlpito ni menos de pararse en una esquina a predicar en la calle o a repartir folletos bíblicos de casa en casa. No importa, el testimonio cristiano no solo se puede dar de esas maneras más “públicas”. Podemos dar testimonio de Cristo educando a nuestros niños en la fe, o dejando claro a quienes que nos conocen ya sea en el trabajo, amigos o en los estudios, que ese “personaje” llamado Cristo es parte de nuestras vidas, que tanto él como sus benditas enseñanzas no pasan de largo en nuestras vidas, sino que al contrario, son parte fundamental de ellas. Les contaré un ejemplo. En una iglesia que conozco, la persona encargada del cuidado y aseo del templo era a su vez miembro activo de la iglesia. Lamentablemente un día se le diagnosticó cáncer a la piel, el cual le causó la muerte en menos de seis meses. Dado su cargo, jamás ostentó títulos en el directorio de su iglesia, ni delegada ni predicadora, etc. Su

manera de servir a Dios era el trabajo, el servicio en la iglesia. Desde la humildad llegó a ser casi indispensable en el correcto andar de la iglesia. Ese era su don, el servicio. No el liderazgo ni la predicación ni la teología o la enseñanza. Pero pese a lo poco público que es ese tipo de trabajo, en su funeral asistieron tantas personas que literalmente no entraron todos en el templo. No necesitó ser pastor, diácono o profesora para servir a Dios.

Lo mismo puede pasar con cada uno de nosotros. Pertenecemos a la que se le denomina la primera de las iglesias de la reforma, la más antigua. De la misma manera nuestra comunidad de Temuco es una de las más antiguas de esta ciudad. Queda entonces para nosotros el inmenso desafío de atrevernos a aceptar el mensaje de Dios y entregar ese Evangelio que nosotros ya conocemos, ese mensaje por el cual personas como los apóstoles, los mártires de la edad Media, Martín Lutero, los grandes misioneros, arriesgaron su vida y lo entregaron todo. Hoy incluso las circunstancias son distintas. Podemos demostrar nuestra fe a todos sin temer a que nuestra vida o integridad física se vea arriesgada. Más grande motivo como para agradecer a Dios por tener esa libertad que lamentablemente no todos han tenido.

Y recordemos siempre que al igual como sucedió con Moisés, Dios no nos deja solos después de darnos una orden. Tenemos al Espíritu santo prometido a todos los cristianos. Podemos ser imperfectos, pecadores, temerosos. Pero créanme que Dios no necesita a personas perfectas para llevar a cabo su obra. El Dios que pudo darle a Abraham hijos pese a tener él más de 85 años, es el mismo que hoy nos tiene aquí reunidos.

Tanto como personas así como iglesia no dudemos de que Dios puede y quiere hacer grandes cosas en y a través de nosotros. No nos centremos en lo malo que pueda o no pueda existir de malo en cada uno, sino miremos lo contrario, miremos todo lo bueno que Dios puede hacer en nosotros.

Cada vez que piense que no puede, que no es capaz, que no es suficientemente digno frente ante Dios, recuerde las palabras de Dios hacia Moisés: “Yo Soy El que soy”. Es Dios el encargado de hacer en nosotros la buena obra, no nuestras limitadas capacidades. Y en vez de tener temor por la responsabilidad que implica servir a Dios, piense y agradezca la inmensa bendición que significa que Dios piense en usted, en cada uno de nosotros para ser de bendición a los demás, para que otros conozcan del amor de Dios que tanto ha cambiado nuestras vidas.

Probablemente entre nosotros no se encuentra ningún Martín Lutero o ningún gran predicador o un apóstol. Y es así porque Dios no los necesita si estamos nosotros para cumplir su voluntad. Lutero fue alguien con una labor determinada en su tiempo: reformar y limpiar a la iglesia de la corrupción. Pablo el apóstol estuvo para entregar la doctrina que debían creer los cristianos y poner los primeros cimientos para la iglesia fuera de Palestina. Pero ellos ya cumplieron (y muy correctamente) su tarea, su función. Por eso hoy en el siglo XXI Dios ya no requiere a los Lutero, a los Moisés a los Pablo. Dios hoy en día lo quiere a usted, a usted, a mí.

Tengo la plena certeza que si ponemos nuestras vidas en las manos de Dios podremos ser aquella bendición que el mundo tanto necesita.

AMEN